

RECUERDOS DE LA JUVENTUD



FIESTA MILITAR



(A la memoria de Lersundi)

Era el año de 1849. La Europa católica se había coaligado para restablecer en Roma la autoridad del Sumo Pontífice. Cuatro cuerpos de ejército recibieron de sus respectivos gobiernos la misión de ahogar en la ciudad eterna los gérmenes de una revolución que, proclamando el derecho al ejercicio de la libertad política en toda Italia, hollaba los más legítimos de muy atrás establecidos y el incontrovertible de una institución creada por el mismo Dios. Los franceses, después de un sitio más político que militar, acababan de arrojar á Garibaldi de Roma, y los españoles, dispuestos á cerrar con él en campo raso, le habían, aunque inútilmente, perseguido hasta las cumbres del Apenino. Después de pacificadas Venecia y las Marcas, las tropas austriacas, habiendo procurado salir al encuentro del nuevo *condoniere* en su fuga á San Marino, estaban tendidas por el litoral adriático, y las napolitanas, tras el bochornoso fracaso de Velletri, se mantenían, aunque retraídas en el *Reyno*, recorriendo su frontera con los Estados Pontificios por si pudiera ser también objetivo de alguna invasión revolucionaria. Nada de concordia, por supuesto, entre fuerzas con tan diversos fines organizadas; que si parecían caminar á uno solo noble y político, el religioso del mantenimiento del Vicario de Cristo en la metrópoli de la iglesia universal; ni podían considerarse como una sola sus banderas y uno el lema estampado en ellas, llevaban en los pliegues de sus enseñas particulares muy distintos ideales, muy diferentes intereses representados. La República francesa mandaba á Italia sus soldados porque convenía á su Presidente atraerse las voluntades siempre generosas de las gentes

del campo, profundamente católicas; preparando así el plebiscito que habría de elevarle al poder supremo. Para eso arrojaba su máscara de revolucionario en las jornadas de junio de aquel año y hacía á Oudinot vengar su derrota de la Puerta de San Pancraccio penetrando resueltamente en Roma. El imperio habría de sacar fruto de la victoria alcanzada por el viejo Radetzki en la llanura de Novara y resarcirse en Bolonia, Brescia y Ancona de los sacrificios hechos en Lombardía cuando las primeras jornadas de la sublevación italiana. Los que presenciaron los sucesos de que había sido teatro por entonces aquella península saben perfectamente cuán sorprendido había quedado el Rey de Nápoles al saber la entrada de Pío IX en su territorio; acogiéndole en Gaeta, si con los miramientos debidos, con las reservas también y los temores de tanto y tanto compromiso como podría llevarle en era tan tempestuosa para los tronos y las naciones. Solamente España podía ostentar, con el título de profundamente católica, el de ser la más desinteresada de todas; ya que, habiendo ahogado en su seno á la revolución triunfante en París, Viena y Nápoles, ni debía ya abrigar los recelos de las demás, ni iría á Roma en busca de otra recompensa á sus servicios que la satisfacción de salvar la nave de San Pedro del naufragio que la amenazaba.

De esas condiciones, realmente circunstanciales en ocasión tan extraordinaria, adolecían mejor que sus gobiernos respectivos, los ejércitos que los representaban en Italia, resintiéndose de los recelos, las desconfianzas y hasta de los rencores, mal disfrazados en las conferencias de Gaeta. Los franceses, con eso y con el pretexto honroso de vengar el revés sufrido al presentarse los primeros á las puertas de Roma, habían puesto á los demás aliados el veto, para todos mortificante, de no acercarse á ellas. Napolitanos, pues, austriacos y españoles veían con mal disimulado despecho el monopolio de una jornada de cuya gloria creían deber también participar, y se mostraban más dispuestos á reñir con su secular enemigo que á felicitarle por un éxito que tanto interesaba á la causa á cuya defensa habían sido llamados.

Así es que al entrar los franceses en Roma, y al haberse perdido la esperanza de alcanzar á Garibaldi en su retirada, los cuatro ejércitos se establecieron en cantones que poco ó ningún contacto tenían entre sí; en un retraimiento, sobre todo cada uno, más propio de beligerantes, prontos á romper en abierta hostilidad, que de aliados sinceros, unidos con los lazos de una misión tan sublime y trascendental para

los destinos del mundo. El ejército francés no avanzó sus destacamentos más allá de Tivoli, Civita-Castellana y Narni; el austriaco, procedente de Ancona, hizo detener los suyos de vanguardia en Maccerata y Perugia; y para que no llegaran á ponerse en contacto uno de otro, las divisiones españolas de Lersundi y Zavala se situaron en Spoleto y Terni, á caballo sobre el Apenino y convidando su gloriosa bandera á la concordia entre aquellos desde antiguo irreconciliables adversarios, nunca cansados de medir sus armas en los campos de batalla. No era posible hallar posición más propia para satisfacer al pensamiento de impedir un choque entre émulos tan poderosos, ni tampoco al de mantener entre todos la Cordialidad en tales momentos necesaria, que la ocupada por nuestras tropas, más propensas en verdad por entonces, á fraternizar con los austriacos, pero atentas también, á no romper sus lazos de eterna vecindad con los franceses. Todos, así, quedaron tranquilos: los napolitanos en su *Reyno* y procurando sofocar la sublevación de Sicilia, contra la que había marchado desde Gaeta el general Filangieri; los franceses dueños de Roma é influyendo, como es de suponer, en primer lugar para el desenlace definitivo de suceso tan trascendental como el obtenido con el vencimiento de la revolución italiana; los Austriacos extendiendo por el Adriático su dominio, puesto poco hacía en peligro, el de las espléndidas márgenes del Po; y los españoles, si pesarosos de no haber tomado parte en la reconquista de la capital del orbe cristiano, satisfechos con las muestras de admiración que habían recibido por la marcialidad de sus soldados y su animosa resolución de no escasear sacrificios en favor de causa tan noble y digna. Y hay que decirlo en honor de nuestros compatriotas, el Santo Padre, que había trasladado su residencia á Portici, se mostraba complacidísimo con la ocupación española en la Umbría y el Latium; tantas eran las instancias que recibía de los pueblos de ambas Provincias solicitando guarnición de nuestras tropas.

Así las cosas, el general Lersundi fué invitado á una revista que las tropas austriacas acantonadas en Perugia iban á celebrar en unión de su Emperador el 18 de Agosto, día de su nacimiento en 1830. Con Lersundi deberían ir algunos oficiales de su Estado Mayor, con tres de los cuales emprendió, en efecto, el viaje en un carruaje tirado por cuatro magníficos caballos. Era nuestro general muy popular en aquél país, tanto por las condiciones de su carácter, franco y caballeroso, como por la fama de su extraordinario valor y, más todavía, por su con-

ducta conciliadora en ocasiones en que de observarse otra menos generosa, se hubieran producido allí conflictos sumamente graves. Fuera del estado de perturbación en que se hallaban aquellas provincias al retirarse Garibaldi de Roma, habíase de pocos días atrás suscitado en la de Spoleto la eterna cuestión de la molienda nunca como entonces preñada de dificultades económicas y políticas. Con eso, con el desarme general á que se procedió al llegar nuestras tropas recogiendo fusiles, escopetas de caza, y cuantos instrumentos de guerra se encontraban así en las casas particulares como en los depósitos del Estado y las medidas de vigor dictadas por las autoridades pontificias acabadas de restablecer, el descontento era grande en toda aquella comarca, amenazando con nuevas alteraciones del orden público ó con una reacción á todas luces inconveniente, opuesta á las intenciones de Su Santidad y repugnante al espíritu conciliador en que se inspiraban nuestros generales. Pues bien; Lersundi, de tal manera se condujo en tan delicadas circunstancias; tal tino desplegó en la provisión de sus órdenes é instrucciones á sus subalternos y tacto tan prudente y hábil con los habitantes del campo y la ciudad, con los representantes sobre todo civiles y eclesiásticos de la provincia, que sin violencia de ninguna clase ni abdicación de género alguno por su parte y la de las autoridades romanas, mantuvo la tranquilidad, dió mayor realce al prestigio de nuestras armas y consolidó la fuerza, poco antes irrespetada del gobierno pontificio. Todo eso fué en Spoleto obra del general Lersundi.

Eramos, pues, recibidos en los pueblos del tránsito con gran cordialidad, la cual se puso de manifiesto más que en otros, en Foligno y en Santa María degli Angeli, el estupendo monasterio, el gran cenobio santificado con su voluntaria pobreza y sus milagros por San Francisco de Asís.

Visitámosle, como es de suponer, aunque apresuradamente, guiados por algunos de los frailes, entre los que se nos presentaron, anhelantes por hablar en su lengua nativa, dos mallorquines carlistas que, aun no siéndolo nosotros ni mucho menos, no se cansaban de abrazarnos. Pero necesitábamos de tiempo para llegar á nuestro destino de aquel día; y bien festejados y provistos de las milagrosas flores que el Santo en sus flagelaciones y penitencias arrancára á los abrojos de uno de los patios, continuamos á Perugia, en cuya puerta *urbica de S. Pietro* nos esperaban el coronel Baumgarten y varios de sus oficiales.

Era este un hombre alto, fornido, de traeres eminentemente milita-

res, carácter franco y modales que atraían por lo distinguidos y caballerosos. Nos recibió como quien sabía perfectamente cuál era el rango de nuestro jefe y los empleos de cuantos le acompañábamos; conduciéndonos, después de los primeros saludos y las presentaciones de rúbrica en tales casos á uno de los mejores *hoteles* de la ciudad.

Es la de Perugia tan notable como por su historia, por los monumentos que encierra y la cultura que revela en sus plazas y calles, en la belleza, sobre todo, y las comodidades que ofrecen sus casas, palacios, muchas de ellas museos, no pocas, de los objetos más curiosos de arte, antiguos y modernos. La proximidad al lago Trasimeno, teatro de la victoria de Aníbal sobre el cónsul Cayo Flaminio, una de las en que más se distinguieron los españoles que había entre nosotros reclutado el héroe cartaginés, dio á Perugia un renombre que no hicieron sino aumentar las discordias en que tomó parte con los vengadores de César y aquel incesante y sangriento batallar de las ciudades italianas en la edad media. En ella adquirieron las muestras de refinamiento que todas ostentan con admiración de los extranjeros que las visitan. Son innumerables las obras de arte encerradas en los museos, templos y palacios de Perugia; y las tablas, lienzos y frescos de Rafael, Beato Angélico, el Guercino, Guido Reni y con tantos otros del país, el tan ponderado *Perugino* Pietro Vannucci, los mármoles y bronce de Michelangelo, el Danti y los varios que no hemos de juzgar aquí, así como los mil y mil objetos del Gabinetto Archeológico y de la Pinacoteca Vannucci, demuestran los esplendores de una ciudad que rivaliza en eso con no pocas de las más renombradas de otras naciones de Europa.

No era que nos asombrasen tales espectáculos á los que íbamos de Spoleto, que no tiene porqué envidiar á Perugia en la grandeza y variedad de sus monumentos, ni menos á quienes conocíamos los de Roma y Nápoles: era que aquellos espectáculos contrastaban con el que ofrecían las tropas austriacas al recorrer al son de sus tambores y fanfarrias una población que más parecía conquistada que redimida, tan desierta se mostraba de sus habituales moradores. Y es que, fuera de ser tenido allí por bárbaro todo extranjero, sea de París ó San Petersburgo, de Londres ó Constantinopla, los aliados entonces, los austriacos particularmente desde su victoria de Novara, eran recibidos en los pueblos del Estado Pontificio con la misma *amabilidad* con que dice Victor Hugo acogíamos los españoles á los franceses durante la guerra

de la Independencia. «Vete», cuenta el gran novelista que decían las paredes de nuestras casas á sus compatriotas, los generales y soldados de Napoleón alojados en ellas; y en la Italia de 1849 decían «vete» también á los austriacos las de Sinigaglia, Ancona, Arezzo y Perugia. Sí: decían «vete»; y tuvimos ocasión de, como si lo oyéramos, convencernos aquel día de que tan duro apóstrofe andaba siempre en boca de los peruginos y más todavía de las *peruginas*, ocultas, así nos lo parecía, tras las celosías de sus ventanas.

Podríamos traer á cuento más de cien anécdotas en demostración del disgusto que producía en los romanos la estancia de los ejércitos de la intervención en su país; pero tampoco nos faltarían argumentos para probar la sinrazón de tan manifiesto desvío. ¿Era que les repugnaba la restauración del Pontificado á Roma, á su providencial asiento? ¡Ah! No tardarían en arrepentirse de haber abrigado aspiraciones tan funestas como la de rechazar el gobierno pacífico, paternal y utilísimo de los Papas, cambiándolo por el turbulento, aventurero y costoso de los revolucioneros republicanos que, sin consentirles el uso de la libertad prometida, los perseguían y esquilmbaban. El que ésto escribe había estado en Roma al tiempo de su revolución, durante el mando de Garibaldi y el gobierno del famoso Triunvirato; y no existía tal libertad, todo lo contrario, ejerciase la tiranía más absurda, reinaba el desorden más espantoso y la industria y el comercio tan lucrativos, especiales de la ciudad eterna, parecían haber desaparecido para siempre de ella.

Pero volvamos al objeto de nuestra ida á Perugia.

Precedió á la revista á que se nos había invitado un banquete en que no supimos qué agradecer más, si lo suntuoso de la mesa y lo exquisito de los manjares ó la cordialidad y galantería de nuestros anfitriones. El coronel Baumgarten brindó en castellano por la Reina Isabel, nuestra soberana, y el general Lersundi por el Emperador, cuya fiesta se estaba celebrando. Los oficiales de ambos ejércitos, el austriaco y el español, allí congregados, cambiaron también las más calurosas manifestaciones de sus mutuas simpatías en la grata y generosa misión á que habían sido llamados. Habíanse dado al olvido la encarnizada guerra de sucesión y la no menos larga y ruda de que había sido teatro la tierra misma en que ahora fraternizábamos con tan cordial efusión. Nadie allí se acordaba de Almansa, Almenara Y Villavi-

ciosa, ni de Mellazzo, Velletri, Bitonto, el Tedone y tantos otros nombres de las innumerables jornadas que habían ensangrentado las campañas de Sicilia, Nápoles y la alta Italia.

Del salón en que se celebró el banquete, nos trasladamos luego á la plaza en que ya se hallaban formadas las tropas imperiales. La infantería nos pareció excelente aunque su marcha adoleciese de alguna lentitud en el compás y de ser corto el paso. Pero ese que sólo sería defecto para nosotros, acostumbrados al incomparable marchar de nuestros cazadores, daba á los austriacos la ventaja de un aire y de una seguridad en los movimientos que producía un efecto verdaderamente marcial. Se descubría en el semblante de aquellos soldados ese carácter impertérrito y tenaz que siempre ha constituido la primera de las excelencias que distinguen al ejército austriaco. Lo que nos encantó fué el desfile de los húngaros. Caballos mejor adiestrados ni jinetes más hábiles no es posible encontrarlos en ningún ejército. Aquel pintoresco traje, el manejo del caballo, especialmente en los movimientos individuales, y la rapidez en la carga, produjeron en los oficiales españoles que allí estábamos un efecto que difícilmente olvidaría ninguno de ellos.

Nuestros elogios entusiasmaron á los imperiales que los escuchaban, al parecer, con gratitud. Bien sabían que ningún otro ha ganado á los infantes españoles en marcialidad, en resistencia y en la rapidez de sus maniobras. Y si esto es innegable y se ha hecho proverbial en Europa, nadie como los austriacos pudo apreciar también el mérito de nuestra caballería. En las campañas, ya citadas, de principios y mediados del siglo pasado, la caballería era el nervio de las tropas españolas.

Era ya tarde al terminar el alarde de los regimientos austriacos en Perugia; y después de los cumplimientos usuales en ocasiones semejantes, y de obtener Lersundi del poco más tarde héroe de Montebello, coronel Baumgarten, la promesa de, como suele decirse, pagarle la visita, nos alejamos rápidamente de aquella ciudad, para á media noche entrar en Spoleto por la vetusta puerta en la bóveda de cuyo arco se ve hábilmente representada la fuga de Anibal ante aquellos robustos muros y la actitud imperturbable de sus defensores.

Este y otros sucesos de la expedición de las tropas españolas á Italia en 1849, han venido á nuestra memoria al, recorriendo las hermosas calles de San Sebastián, observar que no existe entre ellas una que

lleve el nombre por tantos títulos glorioso del General Lersundi. Sabíamos que el Municipio donostiarra había acordado en Noviembre de 1891 imponerlo á la calle entonces llamada de la Beneficencia; pero todavía no es un hecho público una determinación que no sería sino la menor muestra de gratitud que debiera hace mucho tiempo haberse tributado al heróico guipuzcoano, en cuya historia no se registra un solo acto que no se inspirase en su empeño de acrecentar la gloria de su solar nativo. Las provincias bascongadas le deben el mantenimiento de sus fueros en ocasión en que se vieron sériamente amenazados y, con Egaña y Aldamar, los defendió después en el Parlamento con un entusiasmo que halló su más robusto apoyo, mejor que en las altas posiciones que ocupara, en las simpatías y la popularidad que había obtenido por la fama de su esfuerzo extraordinario, en el prestigio de que gozaba en el Ejército y en la confianza que supo inspirar á la Corona con su acrisolada lealtad, sus servicios y talento.

EL GENERAL ARTECHE.

AMA TERESAREN BIOZKETAK

Maite maite bateri
 Diodan gogua!
 Gogo irakiñ, gori,
 Kiskalia, sua;
 Ura nai ta eziñak
 Naduka onela
Bizia bera eriotz
Gogorra zaitela.

Nola, maite, ordea,
 Zuk maite banazu,
 Zureganatu bage
 Emen nadukazu?
 Orreratu nazazu,
 Zugana, bestela,
Bizia bera eriotz
Gogorra zaitela.